



La emancipación de los trabajadores ha
de ser obra de su propio esfuerzo

SEDE SOCIAL: VIEYTES 962

Defensor de los intereses del gremio de
CONDUCTORES DE CARROS

Secretarías: Parque Patricios: Monteagudo 155, U. T. 2980, Corrales. Norte: Agüero 2335. Avellaneda: Bel-
grano 253, Chacarita: Jeuá y Warnes

Primero de Mayo Auroras rojas de la libertad

Sabiéndolo o sin saberlo, por propia inspiración y propio impulso, o arrastrados por las circunstancias y por la urgencia de los hechos ajenos, todos los hombres tenemos que someternos a elaborar el futuro que sea más perfecto y mejor que el presente vivido. Así fue en el pasado cuando nuestros padres lucharon por prepararnos el presente, así es ahora que nosotros luchamos por preparar un futuro mejor a nuestras vidas y a las generaciones venideras y lo mismo será en el porvenir cuando esas generaciones reciban el progreso de nuestras manos y lo transmitan mejorado a las generaciones que inasablemente se suceden tomando puesto en la existencia. La vida de los pueblos viene a ser igual que una caravana en marcha rumbo al futuro que va constantemente ocupando tierras nuevas; allí donde una generación de hombres termina su viaje, entrega a los jóvenes que surgen en caudal de sus conocimientos y estos se ponen en marcha para hacer nuevas adquisiciones humanas.

Todos vamos hacia el porvenir, unos a la cabeza de la caravana, afrontando los peligros, apartando los obstáculos y abriendo el derrotero; otros en la retaguardia o, abrumados de impotencia, a la zaga de los que caminan más activamente. La humanidad se desenvuelve en continua renovación de ideas, de costumbres y de medios de convivencia social. En todos los hombres obra un germen de progreso, un impulso de mejoración, ya ese germen salga del hombre mismo y sea impulso, ya lo penetre de afuera y sea impulsado. Lo cierto es que nadie se puede sustraer a la ley esencial del perfeccionamiento.

El mundo entero ha tenido que reconocer el hecho de que la tierra giraba alrededor del sol como ha reconocido finalmente que la sangre circula por las venas, a pesar de que en un principio los sostenedores de las creencias religiosas se negaban a reconocerlo y sacrificaron las vidas de Galileo y de Servet, por lo que fueron los primeros en anunciarlo. Y es que tales descubrimientos estaban en el orden del progreso de los conocimientos humanos, y nadie, en conclusión, puede negar la verdad progresista mientras la humanidad no perezca.

Podríamos decir que los enemigos del progreso, de las ideas nuevas, de las nuevas formas de vida entre los hombres, cabrestean, ¡pero andan!

Y los hombres destacados en las avanzadas del porvenir han surgido especialmente de entre las multitudes heridas por la necesidad, desgarradas por la injusticia y laceradas por el descontento. Los doloridos y los insatisfechos, acados en rebeldía, han creado la luz que iluminaba mundos nuevos. Mas, ciertamente, no solo tendieron sus miradas hacia mundos mejores los necesitados de pan sino que también los espíritus grandes anhelantes de saber, de verdad y de justicia; los que no se conformaron con las viejas creencias que la rutina consagraba, los que haciéndose eco de los sentimientos de solidaridad y de justicia que residen en toda alma no enturbiada por el egoísmo, se levantaron para denunciar la infamia que unos hombres ejercían sobre otros, para desenmascarar la mentira y expandir, enseñar a sus semejantes la verdad de las cosas y el bosquejo de una sociedad en la que se borraran las diferencias artificiales de hombre a hombre y, en consecuencia, las injusticias, el despojo y las vilezas.

Esto nos enseña que los hombres no se rebelan tan solo por las necesidades materiales, y si también impulsados por

necesidades mentales y morales, por ideas y sentimientos, y que los pueblos se han sublevado tantas o más veces por un insulto a su dignidad que por un despojo a su trabajo.

Por el contrario, los satisfechos y los conformes, los que no tienen aspiraciones son entre las personas los que retrasan el progreso, los que avanzan a la cola y a remolque. Existen los satisfechos materiales, que habitan buenas casas, visten buenos trajes y devoran buenos manjares; y los satisfechos espirituales que nunca sintieron un anhelo, una aspiración y que, aunque hambrientos y rotos, permanecen amodorrados sin tender la mirada a un porvenir mejor.

Los principios de toda vida nueva comienzan por la luz, por el conocimiento. La humanidad en marcha necesita para moverse un faro que le ilumine el camino y una luz distante que cual lejána estrella oriente sus pasos.

¡Nadie camina a ciegas, y peor si camina!

La luz que nos guía irrada de las concepciones de nuestra mente y la fijamos con las proyecciones del pensamiento. Son nuestras necesidades que procuran la solución, son nuestros dolores que entrecruzan la felicidad, es nuestro sentimiento lastimado por la esclavitud, que alira los espacios ideales donde tender las alas. Es la inequidad que nos rodea, lo que despierta la imaginación y pidiendo datos a la conciencia, forja los mudos rituales que en el batallar diario tendemos a ocupar.

Mas no se llega a los mundos ideales, como a las cumbres de las montañas, donde más brilla el sol y más puro es el aire, sin grandes esfuerzos y sin sangrientos desgarrones en la carne.

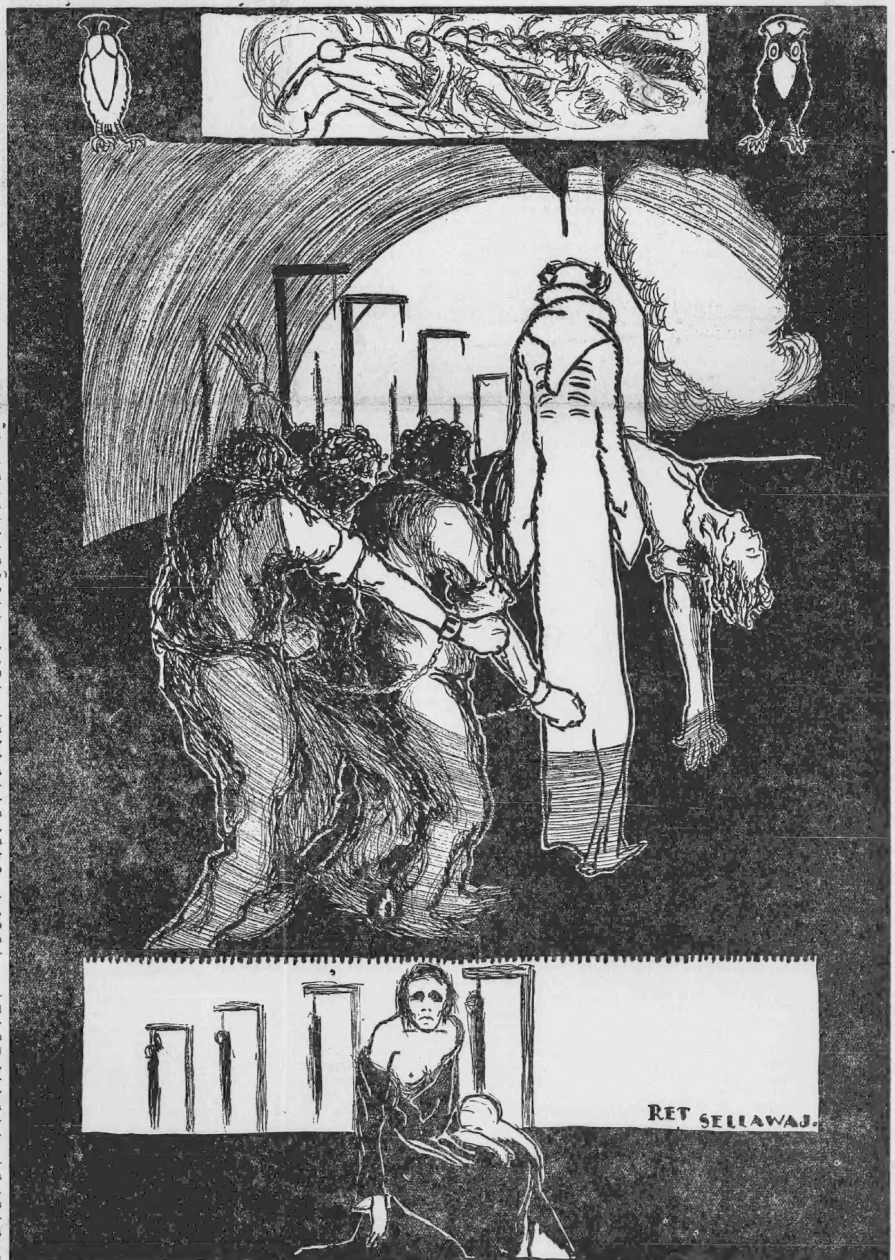
Iluminada por nuevas ideas, la falange de los desheredados que marcha en las avanzadas del progreso, sostenida y alentada por los hombres de corazón, por los pensadores, por la ciencia y por la verdad, ha dejado marcadas en la historia heroicas y trágicas jornadas que hablan bien alto de la grandeza de las ideas impulsoras y de la clarividencia, de la lucidez con que se poseían; pues no se da la sangre personal si no es por ideas que condensan el mejoramiento colectivo, el bienestar común.

Una de esas jornadas de luz y de sangre, profusa de verdad y de heroísmo, reventada de fulgurencias purpúreas, lo mismo que el paso de la luz auroral entre nubarrones, es la que recordamos todos los primeros de mayo.

En las entrañas de los pueblos se había gestado un mundo nuevo durante el siglo XIX. En todas las actividades humanas el progreso exigía nuevas formas de vida. Las ideas sobre la personalidad humana habían cambiado de tal modo, que la dependencia personal no encontraba ninguna razón de ser, y al entrar a la segunda mitad del siglo, en torno a 1860, todas las instituciones de esclavitud y de servidumbre habían desaparecido.

Las ciencias y las artes habíanse desarrollado prodigiosamente y llamaban a los hombres a participar de sus bienes. La vida debía emanciparse de las tareas rústicas y ampliarse en esferas más avanzadas. Para realizar estos designios, la mecánica portentosamente perfeccionada había cambiado la faz del mundo y del trabajo. La locomotora anulaba las distancias; la maquinaria facilitaba la producción.

Obedeciendo a estos múltiples y secretos factores, entre las multitudes optimistas se iba formando el movimiento de-



RET SELLAWAJ.

Así como en los grandes desiertos los huesos de los caídos marcan la ruta al viajero, en la sociedad burguesa los cadáveres de los inmolados señalan el camino de la libertad

CHOCOTAZOS COMBATORIAS

Revolcemos y... ¡zás! d...

Nuestras luchas

tinado a cononar la existencia humana con los adelantos generales. Por qué el obrero debía permanecer carente horas junto a los instrumentos de trabajo, si las estadísticas demostraban que unas cuantas horas bastaban a producir lo que consumía? ¿Por qué estaba excluido del saber y del arte, al poseer derechos y facultades para participar de ellos? Evidenciando estas situaciones absurdas se comprendió lo horrendo de la explotación y de la injusticia. Los más esclavizados y los más fuertes iniciaron la batalla liberadora contra todos los privilegiados y los opresores.

En esta lucha humana y gigantesca se consignó el episodio trágico de Chicago en 1886. Después de sucesivas luchas por la reducción de horas de trabajo, las organizaciones obreras acordaron un movimiento unánime por la conquista de las ocho horas que debía comenzar el primero de mayo, y comenzó. Pero la burguesía lucrativa de la esclavitud, en connivencia con el gobierno, intentó ahogar un sangre tan justo propósito. Vertió sangre, si, masacró obreros y llevó a la horca a cuatro paladines de una cruzada liberadora; pero no consiguió detener la emancipación, puesto que ella estaba impulsada por las causas que renovaban incontestablemente las sociedades.

¿Por qué sirvió la sangre vertida?

Para fecundar la causa entubada.

La sangre de los mártires al caer sobre la tierra se deshace en chaparrón de luz para iluminar al mundo sobre la justicia que los asalta. Los cadáveres de los ahogados, pendientes de las horcas, sembraron a la vista del mundo ligeros badajos contra el rebato en el bronce de la justicia, convocando a los parias para la conquista de sus derechos. Los pueblos oyeron el llamado y no han cesado un instante de acometer al privilegio.

Debí ser en la misma tierra de la plutocracia desenfrenada, donde se venera el volcánico de oro, que a través de los siglos, otros hombres, Sacco y Vanzetti, atestiguan los imperpedidos del amor a la libertad. El 23 de agosto de un año más en el camino ascendente; un nuevo amanecer que alumbrará otra jornada de marcha; otra aurora también tefida de sangre, para guiar los pasos de los hombres hacia el porvenir.

Haban los caídos

Desde el fondo de las tumbas y las celdas donde el odio sepultó a los paladines de la emancipación proletaria, se levantan las palabras llenas de inspiración y vívidas augurios que ellos pronunciaron en trágicos momentos. ¡A ver, que los tiranos ahoguen esas voces, que se apagan esas luces, que apaguen esas estrellas!

Sacco:

... "Se han cometido muchos crímenes jurídicos, aun obrando de buena fe los representantes del Estado, creyendo realmente delincuentes a los sentenciados. En esta ocasión, mi exa causa extra. — Por el mismo, los representantes del Estado han "fabricado" la mayor parte de los testimonios, y han elegido un jurado vicioso en su origen. Ante este tribunal, ante el público, yo acuso al procurador del Estado y a Bonfield de la conspiración infame para asesinarlos."

Schwab:

... "Cuatro horas de trabajo cada día serían suficientes para producir todo lo necesario a una vida confortable. Si obraría, pues, tiempo para dedicarse a la ciencia y al arte... Es un error emplear la palabra anarquía como sinónimo de violencia, pues son cosas opuestas. Nosotros propagamos la violencia también, pero solamente contra la violencia, como medio necesario de defensa..."

Noebe:

... "Durante los últimos días he podido aprender lo que es la ley, pues no lo sabía... He presido un meeting en Turner Hall, al que vosotros fuisteis invitados para discutir el anarquismo y socialismo. ¿Por qué no aparecieron los representantes del sistema capitalista actual, para discutir con los obreros sus aspiraciones?"

Habéis hallado en mi casa un revólver y una bandera roja; habéis probado que organizo organizaciones para matar, que he trabajado por la reducción de horas; que he hecho cuanto he podido para volver a publicar el "Albiste Zeitung"; he sido más delictivo... Yo os explico: Yo soy el mismo participante de la muerte de mis compañeros! ¡Aborrecido con ellos!"

Fischer:

... "Solamente tengo que protestar contra la pena de muerte que me imponen, porque no he cometido crimen alguno, pero sí he de ser ahogado por defender las ideas anarquistas, por mi amor a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad, entonces no tengo inconveniente... lo digo bien alto, dispono de mi vida!"

Lings:

... "Me acusáis de asesinato; ¡y qué prueba tenéis de ello?... Me acusáis de despreciar la ley y el orden; ¡y qué dignifican sus representantes! Son los policías, y entre ellos hay muchos ladrones. Aquí se sienta el capitan Leback. Él me ha confiado que mi sombrero y mis libros habían desaparecido de su oficina, mostrados por los policías! ¡He sido vuestros defensores del derecho de propiedad!... ¿A desprecio; desprecio vuestro orden; vuestras leyes, vuestra fuerza, vuestra autoridad, ¡ahorcadme!"

Engel:

... "Es la primera vez que comparezco ante un tribunal americano, y en él me me acusa de asesinato... ¿Y por qué razón estoy aquí?... ¡En este consiste mi crimen?... En que he trabajado por el establecimiento de un sistema social en el que sea imposible el hecho de que mientras unos amontonan millones, otros mueran en la degradación y en la miseria. Así como el aire y el agua son libres para todos, así la tierra y las invenciones de los hombres deberían ser utilizadas en beneficio de todos. ¿Es preciso el poder de un gobierno infame, sus policías y sus espías?"

Fielde:

... "Yo creo que llegará un día en que sobre las ruinas de la corrupción se levantará la explotación de todos los mundos emancipados, libre de todas las esclavitudes, de todos los monstruosos anacronismos de nuestra época y de vuestras caducas instituciones"

LAS DICTADURAS...

Un pensador — filósofo italiano — ha catalogado con frases lapidarias las dictaduras. Según su definición las tiranías se producen en los pueblos empobrecidos de savia vivificadora; son el producto natural de las multitudes esclavizadas y adormecidas por carencia de energía vital, en fin un microbio o un insecto que se desarrolla y prospera en los organismos enfermos, en los que se hallan en estado de descomposición y en las materias putrefactas. Esto lo dice un filósofo y lo prueba con el estudio histórico de las épocas en las que los pueblos han sufrido y alimentado la tiranía. Toda época de tiranía ha sido un período de decadencia y de ruina colectiva. Y estas afirmaciones de un filósofo no necesitan mucha inducción filosófica. Es suficiente un poquito de buen sentido. ¿Qué son las dictaduras? El medio de que un hombre o un grupo de hombres infunde la vida total de la multitud hasta en sus más mínimos detalles. ¿Puede ser un hombre o un grupo de hombres infundir, empujar y controlar? La condición humana dice que no. Luego es forzoso que la vida en sus múltiples variedades sufra menoscabo cuando se libra al arbitrio de una persona, en contra de lo que uno mismo cree y desea. ¿Puede ser una colectividad, son individuos activos y contribuyen con sus ideas, con sus iniciativas y trabajo a regular la vida general. En el primer caso solamente se hace lo poco que un hombre puede hacer o querer; en el segundo lo que muchos hombres pueden hacer y querer.

Los dictadores, en la imposibilidad de saberlo todo y de hacer lo mejor, hacen lo que quieren y lo imponen como lo más acertado y mejor. Lo tristemente lamentable es que haya quien crea que en realidad es lo mejor. Así, por ejemplo, hay quienes creen que suponen que lo mejor para Italia es que la dictadura haya obtenido (le concedemos la gracia que lo haya obtenido) un mejoramiento industrial, y que lo mejor para España es la conquista de Marruecos. Pues bien, eso es lo mejor para los industriales italianos y para los accionistas españoles; pero no, ¡no! ¡para el pueblo italiano no o español, que deben, ¡pobres recuas sangrantes!, alimantar las áreas de sus magnates con las inextinguibles privaciones diarias.

De modo que las dictaduras chupan la savia de la colectividad a provecho de algunos microbios, de ciertos insectos parásitos. Son el predominio de estos insectos sobre el cuerpo enfermo y postro de los pueblos, como los piojos en las plumas mal desmenuzadas y las pulgas en los perros fiebres. Los dictadores, es decir, los insectos, devoran lo mejor de la humanidad. Así como todos habremos visto que los piojos en los reales se apilan sobre los tallos tiernos y los capullos entorbellidos, los dictadores se echan voraces sobre los destellos de las ideas y de la dignidad.

Tenemos que inocular idéas tóxicas, inyectar savia vivificadora en este león pálido, en esta ahora bestia dormida, para que se reactive y acuda los ojos de su melena!

LOS "INOCENTES". —

Todo el mundo ha oído a través del cable, el estampido de la bomba colocada en una celda de Milán por donde pasaba el rey de Italia, con la que se proponían, al parecer, eliminarlo del mundo de los vivos. ¿Quién ha colocado la bomba? ¿Por qué motivos? Los fascistas declaran que es obra de los revolucionarios terroristas. Pero las declaraciones de los fascistas gozan de muy poco prestigio en el mundo, que opina por cuenta propia sin importarle un comino las declaraciones del Duce y sus sicarios. El mundo que piensa, sabe que las bombas, en particular las que no logran el objeto que se les atribuye, son explotadas generalmente por quienes se dicen amenazados por ellas.

En el actual estado de la política italiana, existen varios motivos para creer que las hordas mussolinianas se hagan dinamitadoras y revidadas. Por una parte las pretensiones imperialistas de Mussolini son evidentes, y la caída de un rey ofrece coyuntura favorable para empujar el centro.

El rey de Italia, rey infeliz como otros muchos que no reinan, tiene más que temer de Mussolini que de los revolucionarios. Y por otra parte un hecho de esta naturaleza retemple la saña dictatorial contra los que socaban sus cimientos. Por de pronto las banderas de foragidos camisas negras, almas negras, ya recorren la

genencia, en días de protesta por la conquista de la justicia.

Que al hacer el recuento de estos cuarenta y dos aniversarios sirva para decidir a todos a emplear el tiempo en la superación de uno mismo y de todos los seres.

UN HERES

Italia aislando los hogares donde se

deben un resto de amor por la libertad.

Sin embargo, nosotros que no debemos tampoco parecernos a los fascistas en lo de atribuir a los contrarios antojadizamente hechos que podemos realizar nosotros, debemos admitir que la bomba puede hacer lo que nosotros no podemos hacer. No lo sabemos; no lo creemos fácilmente, aunque nos lo diga la policía de Mussolini? Pero desearíamos que la bomba hubiera sido colocada por los revolucionarios. ¿Por qué deseamos que el rey pereciera? No; no nos interesa el rey, ni que exista o no, sino el significado de la bomba. Ella viene como ensañando clandestino, sorteando peligros, a traer de los vientos alatorados de la libertad que vive, de la libertad que Mussolini presenta al mundo como un cadáver, de la libertad que se arroja por un torrente de barbarie que de pronto nos anuncia con estallido volcánico, con lengua de fuego, que existe aun en las entrañas del pueblo, lo mismo que el fuego en el seno de las montañas...

... ¡Sí, pero los inocentes... Los inocentes! No hay inocentes! Todos los que

cayeron, cayeron en su lugar, en su posición, en un puesto de actividad, contra la libertad ahogada; fueron sorprendidos en sus voces y en sus ademanes mientras vitoreaban la opresión y escarnecían a los hombres libres. ¿Hay inocentes el soldado que herido de gravedad no abandona la guardia hasta que no se acaba de pasar la comitiva? ¿Es inocente una insignia que queda de su vida para defenderla? Conmueve que haya caído algún niño; pero no hablemos de los niños que mueren, hablemos de los que conducen la vida. ¿Eran inocentes los que llevaban a los niños para hacerlos alambros de los dictadores, para tejer una guirnalda de cadáveres sonrientes a lo largo de la trayectoria del mal?

... ¿Cuantos hijos, aplaudidos, que forman el sustancioso caldo de cultivo de los microbios malignos, y luego se dicen inocentes!

Si cada uno de los allí reunidos hubiera tirado una piedra, lanzado un grito de protesta, hecho tan solo un gesto despectivo, la bomba no se hubiera detonado, porque la protesta altera la formulada, y los reyes, los representantes de la tiranía misma, rodarían por el suelo. Pero una multitud indisciplinada y escueta, que aplaude y vitorea el despotismo, se convierte en un instrumento formidable de la dinamita para salvar a un pueblo de la ingloria ante la posteridad, dejando esculturas a fuego en el dolor el testimonio de que la libertad aun alienta bajo la tiranía que la cubre. ¿Cuántos hijos, aplaudidos, que forman el sustancioso caldo de cultivo de los microbios malignos, y luego se dicen inocentes!

LAS PERRERIAS DE MR. WRIGHT.

Después de la huelga general del 23 de marzo, a la que tanto realce dio el primer ministro, el gobierno británico, de policía de la capital se vio sobrenada en sus procedimientos draconianos. Los trabajadores comprendimos que no era posible tolerar más tiempo el tren de desmayos en que venía embarracada la policía, prohibiendo la natural expansión de las ideas libres y de las organizaciones proletarias. Sus alaridos al diario "La Protesta", su perruna persecución a cuantos hombres libre frecuentaba "La Antorcha", la repetida detención de militantes obreros por meras actividades premiales, encontraron una denuncia alzada y un freno en la actitud resuelta que los trabajadores conscientes adoptaron en esa huelga. Ahora bien; no somos fanfarrones para andar jactándonos del triunfo: sencillamente hemos restituido el derecho. Pero imaginamos el estado de ánimo de un rabioso toro que se siente embalsado; e imaginamos que él sea un vegetal atálmico, idoso y ensobrecido.

Así que comprendiéramos lo despatchado que se encuentra mister.

Habiendo tenido que moderar sus más las inclinaciones, soltar los preos que a diario hacía, al verse descubierta ante el pueblo, busca el desquite por estratagemas perrunas.

Es lo que hizo llevar a cabo en el mitin que contra el maltrato de los

Radovitzky y por su liberación se efectuó el 15 de abril en la Plaza Once.

Se comprende además que un jefe de policía en el asueto de Radovitzky, por que ¿qué sería de los jefes de policía, si a cada festín de sangre que se da, si a cada tropelía brotara un Radovitzky, y a ninguna nabucodonosor le suena bien que se tarde de liberar al libertador.

De modo que con el propósito de provocar un incidente que justificara ante la opinión pública el restablecimiento de la ley, se le ocurrió al jefe de policía la oportunidad al compañero Giribaldi, que había hecho uso de la palabra. Los

pesquisantes, en medio de la multitud se abalanzaron sobre él revólver en mano. Hubo herpoclasia y prudencia de parte de los organizadores y concurrentes, y

te a esos genios malditos las religiones

habían supuesto la existencia de otras

deidades, de otros dioses, que representa

ban el espíritu de la creación, de la fecundidad y de la bondad, que les iban

lugar a la vida brillante y próspera.

La fábula religiosa de los peras lo

explica concretamente. Desde el principio

del mundo se está librando una formidable

batalla entre el espíritu del mal y

de las sombras y el espíritu del bien

y de la luz; y en salmo de optimismo

bienhechor, plebiscito de confianza en el

esfuerzo benéfico, dice la creencia que

el combate se ha de dirimir con el triunfo

definitivo del bien sobre el mal y el

superior sobre el mundo del progreso, de

la justicia y de la verdad.

Es lo mismo que nos ha enseñado des

pués la religión cristiana, simbolizando

el bien en dios y el mal en el diablo. Y

que, no existiendo tal dios ni tal diablo,

se ha querido expresar con esos mitos

las distintas cualidades, útiles o per

niciosas, del alma humana.

Esto quiere decir que todas las cuali

dades de nuestra naturaleza, las pasiones

salváticas, los instintos feroces y las in

clinaciones malsanas han de ser final

mente vencidos por aquellas otras que

tenemos en el espíritu: la moralidad, de

serenidad, de placidez, de concordancia,

de bondad y de altruismo, que hacen

la vida de los hombres armoniosa, pro

ductiva y hermosa.

No cabe duda que la vida ha de triun

far, perfeccionándose, que la tendencia

y las costumbres perjudiciales serán des

arrigadas de nuestros sentimientos, pe

ra que brille en el mundo la bienven

turanza.

Si las religiones de otros tiempos se

valieron de mitos para representar sus

tendencias humanas, nosotros, realistas

y concordes de la naturaleza mediante

los objetos y del espíritu mediante la

conducta, podemos personificar en la

vida real a los que encarnan una u otra

relación, por la posición que ocupan en

la relación de los demás hombres.

¿Quiénes son los que impiden el reina

do de la equidad y de la armonía, quié

nes que imposibilitan el bienestar y

ensombrecen la posible dicha humana?

¿Quiénes son los que impiden el bien

que tiene interés en la miseria y su

sumisión del prójimo, los que levantan la

persona personal y el poder sobre la

indignidad de las multitudes, y allí ten

emos realmente a los que impiden el pro

greso, los que en el mundo encarnan el

espíritu maldito. Son todas las clases y

castas prepotentes y acomodadas. Es

entre otras la casta sacerdotal que vive

a expensas de la ignorancia crónula de

las multitudes, porque el día que las

multitudes se ilustran, se pudrirán al

divisor de la casta. Es el mismo el que

separan en galardon, cuando es realmente

una vergonzosa atrocidad, dominar a

otros seres, dando satisfacción a su

instinto salvaje, a su egoísmo, a su pro

prietario que cimenta su caudal expro

piando las multitudes.

Todas las clases mencionadas, afian

zadas contra el pueblo, encarnan, en

tendencia que les entorpece todo progre

so, toda libertad, toda ley, porque los

hombres en posesión plena de su perso

nalidad, en el orden material que signifi

ca el progreso, en el orden moral que signi

fica la libertad y en el orden intelectual

que significa el saber, dejarían de ser el

rebatido estúpido que el cura fanatiza,

que el tirano esclaviza y el capitalista ex

plota.

Frente a esas huestes reaccionarias se

alza el pueblo lleno de ansias de reivin

dicación, de engrandecimiento, de con

cordia, bregando por el porvenir radiante que

establece sobre la tierra el progreso que

mitigue sus penurias y la libertad que

rompa sus cadenas, marchando con el

cuerpo agobiado, sí, pero con la frente

levantada hacia el porvenir radiante que

sus ideales de justicia le desliza en el

horizonte.

¡Ahí están viviendo en el mundo las

dos legiones agastadas que libran en el

aserradero de la historia la trágica con

tienda que decidirá los destinos huma

nos!

Se encontraron frente a frente en el

caso de Sacco y Vanzetti. La magistratu

ra yanki era el paladín de las clases

obscurentistas y dominadores. Sacco y

Vanzetti lo eran de las clases deshereda

das y oprimidas. Salieron todos al or

igen de aquel proceso que correspondía a

la culminación de una campaña inquie

torial emprendida en Estados Unidos por

los proletarios libertadores.

La comedia humanista de los yanquis

en la corte de Europa había epilogado

con la intervención armada de los yan

quis a fin de salvar los millones que los

banqueros prestaban a los beligerantes.

Para arrastrar a las masas se difundió en

la estructura el caso ensanguinado del

peletero, nimbado de frases grandilo

quias que ninguna aplicación tienen

en el infame régimen de la burguesía:

la justicia, la moral, la dignidad, el in

dividual, etc., etc., ante lo cual los

hombres representantes del pueblo doliente

habían levantado su voz ardiente contra

todo estorbo y se abalanzaron a las mul

titudes lo que en tiempo.

Gracias habían proclamado ante la plebe,

decidiendo: os engañan vuestros genera

